

Erica Laura Valenti Altrudi

Sin título

Greta escribió —por fin— la última palabra, la que habría de darle fin a la página, acabando con el espacio en blanco; ese que a veces nos aterra mirar, especialmente, cuando somos evaluados y corremos el riesgo de que ese vacío se convierta en el reflejo de nuestra mente.

Tenía la sensación de que se sacaba un peso de encima. Escribir era para ella como vomitar un manojo de ideas aprisionadas en algún lugar de su ser. Precisamente por eso, cada vez que completaba una frase, párrafo o cuento se sentía aliviada. Sin embargo, todavía no estaba hecho el Gran Final, componente esencial de un «libro con todas las letras», como pretendía ser el suyo. Nunca había escrito un libro —aunque le habría gustado—, simplemente... porque no... ésas no son cosas en las que se pueda perder el tiempo... de ninguna manera... primero está el estudio, por supuesto; después, atender al marido y a los hijos, y a no olvidarse de papá, mamá, los hermanos, los primos, los amigos, los vecinos... y el trabajo. Sus personajes literarios habían sido archivados en la sección «pasatiempos» junto con aquellas actividades que la gente nunca hace por falta de tiempo y otras tantas excusas razonables. De modo que al terminar la página 114 de su manuscrito —ese cuaderno que algún día sería libro—, estaba orgullosa de poder hacer lo que había postergado tantas veces, porque uno no puede escribir y nada más. Los escritores, como todos los artistas, se mueren de hambre; se hacen famosos cuando ya son polvo para que quienes viven se llenen los bolsillos.

Greta era una feliz abuela, viuda, de pelo blanco y anteojos redondos, que usaba para leerles a sus nietos algunos fines de semana o en cualquier ocasión en que sus padres no pudieran ocuparse de ellos. En esos momentos era realmente feliz; siempre se había imaginado en la vejez como una de esas abuelitas tiernas rodeadas de niños escuchando

Mención Octavo Concurso Literario Gramma atentamente historias narradas desde una mecedora. Por lo tanto, cuando estaba con sus nietos se daba el gusto de ser como siempre pensó que sería y, a la vez, de hacer algo que realmente disfrutaba: contar cuentos. Se despertó así en ella su antigua vocación; y fue entonces, a los ochenta años, cuando la anciana comenzó a escribir su primer Gran Libro, el Único. Tres años le había tomado redactar 114 páginas; y quién sabe cuánto tiempo más se tardaría en ponerle fin a la última oración de la última hoja del Gran Final de su libro, aún sin título.

Inmediatamente después de aniquilar el espacio en blanco de esa última página, se dejó llevar por el deseo de leer el borrador de su libro de principio a fin. Luego cerró el cuaderno en el cual escribía, lo guardó en su mesita de luz, y se fue a la cama muy satisfecha.

Con la luz del día esperado, la abuela se decidió a hacer lo que había dejado pendiente la noche anterior: revisar y corregir la redacción de lo escrito hasta ese momento. Entonces abrió el cuaderno y lo que vio, lejos de angustiarse o sorprenderla, le pareció gracioso. Era prácticamente imposible que todas las páginas de su borrador estuvieran numeradas con el mismo número: el 114. Imaginaba divertida a los posibles lectores, que necesitarían un señalador que, dicho sea de paso, se podría vender junto con el libro. De todos modos, hay que reconocer que era original: no recordaba haber visto algo así en toda su vida.

Se dio cuenta de que había algo que sin duda tornaría su obra más exclusiva: todas las carillas del cuaderno tenían el mismo texto; es decir, eran 114 copias manuscritas de la página 114 con su contenido exacto. Pero ¿cómo podía estar segura de que realmente hubiera una página original y de que las restantes fueran copias? ¿Y si no eran copias? ¿Se habrían multiplicado de alguna forma? ¿Cuál de todas ellas había escrito la noche anterior? Mirándolas

detenidamente una por una observó que parecían haber sido escritas por su propia mano y con su misma lapicera. Era asombroso que la caligrafía fuera idéntica, como si en lugar de una mano humana, una mecánica hubiera imitado perfectamente no sólo su forma de escribir sino también aquellas mínimas variaciones en el trazo de los grafemas: esta *n*, que ahí parecía una *u*; y ahí... bueno, se notaba que estaba apurada. A pesar de que los años no vienen solos, todavía confiaba en su lucidez y en su buena memoria, y habría jurado que tenía redactadas todas las páginas anteriores (de la 1 a la 113), distintas entre sí.

El libro de Greta estaba compuesto por una cantidad limitada de cuentos en los cuales se narraba siempre lo mismo; en otras palabras, había una sola historia —una Gran Historia— compuesta por el punto de vista de cada uno de los personajes: los principales (protagonistas, actores de los hechos) y los secundarios (testigos, espectadores, auditores). El primer testimonio, de acuerdo con la numeración inicial del libro, era el de un detective, quien al parecer investigaba la desaparición de cierta flauta dorada; luego se sucedían los demás relatos sin un orden o criterio particular. La idea era que a través de lo que le iban contando, el detective —y al mismo tiempo el lector— descubriera qué había ocurrido con la flauta dorada. Porque para la autora del libro, la realidad era como un ideal, una síntesis de la realidad de cada uno; por lo cual, para conocerla el detective estaba obligado a tomar como evidencia todas las versiones existentes, incluyendo la suya. En consecuencia, ese ideal de realidad era la historia completa, la Gran Historia, la unión de todos esos fragmentos o cuentos. Debido a que Greta planeaba incluir la conclusión del detective en lo que ella llamaba el Final, le preocupaba que su libro no estuviera completo. Quizá no se percató de que esto no permitiría que pudiera abordarse desde cualquier testimonio, leerse de cualquier forma y en cualquier orden, como ella quería; esto explica que no se inquietara al observar el mismo número de orden en todas las carillas, cuando desconocía su contenido. Pero, ahora era distinto, porque si todo el libro decía lo mismo, no tenía sentido leer más de una página cualquiera.

Mientras reflexionaba inútilmente, arrancó del cuaderno un montón de hojas vacías que creía no

necesitar más. Ese día se le fue tratando de decidir qué hacer con su conjunto de una sola página. Obviamente, no volvería a escribir las otras por miedo de que se convirtieran en la misma cada vez que intentara cambiar la situación, y así para siempre. Otras opciones que analizó fueron dejar una sola hoja, o bien conservar el manuscrito como estaba, que era casi lo mismo porque, en cualquier caso, el libro podría ser considerado absurdo o sin sentido, incluso por su creadora. Y además, nadie entendería si tratara de explicar a modo de prólogo el misterio de la página 114. De todos modos, no tiene sentido leer una hoja con dos páginas iguales o un conjunto de páginas iguales, que ni siquiera cuentan una historia entera, que son un fragmento dentro de otro. Parecía no existir una buena solución. La mujer sonrió soñando con un futuro en el cual sus hijos miraban intrigados el extraño emprendimiento en el que su madre había malgastado los últimos años de su vida. Seguramente iban a pensar que había perdido la cordura con la edad y sonreirían con tristeza al recordarla (pobre madre, pobre vieja). Curiosamente, eso fue exactamente lo que sucedió un tiempo después de su muerte.

La abuela Greta no vivió para resolver el misterio de la multiplicación de la página 114 y nunca se supo cuál fue su causa (quizás porque nadie se interesó en averiguarla). Su obra habría muerto con ella si no fuera porque uno de sus nietos la rescató y luego la reconstruyó a partir de aquellas páginas gemelas, dándoles un principio y un fin, e incluyéndolas en diferentes relatos. No se sabe si éstos son iguales a los anteriores o si el nuevo autor los desconocía e imaginó otras versiones; pero seguramente relatan la desaparición de cierta flauta dorada a través de la visión de sus personajes. Sin embargo, el nieto no numeró las páginas del Nuevo Libro, ni le dio título (quizá sea el deber de alguno de sus descendientes), sólo nombró los cuentos. Aun así, no hay manera de asegurarse de que lo que sucedió con la página 114 no se repita indefinidamente a través de las generaciones de esta familia, transformando una y otra vez la Gran Historia original... hasta, quizás, cambiarla completamente.